

Análisis de la Teoría de las Estrategias Sexuales en la población española

Carlos Yela

Universidad Complutense de Madrid

La presente investigación trata de explorar la validez de algunas de las principales hipótesis deducidas de la Teoría de las Estrategias Sexuales de Buss, en una muestra representativa de la población española. Dichas hipótesis hacen referencia a «estrategias» (no necesariamente conscientes ni planeadas) diferentes entre hombres y mujeres a la hora de involucrarse en una relación sexual a corto plazo (coloquialmente «ligar») o a largo plazo («relación amorosa»). Los datos se obtuvieron mediante autoinforme, sobre una muestra representativa de la población española (n= 1.949). Casi todos los resultados obtenidos confirman las hipótesis planteadas, lo cual supone un cierto apoyo empírico a la teoría de la que han sido deducidas, dentro del enfoque evolucionista de la Psicología Social. En cualquier caso, se argumenta que la mayor parte de las diferencias constatadas son también explicables desde los enfoques de la socialización diferencial (la «doble moral» y la construcción social del rol de género y de la identidad sexual), y se comenta la perfecta compatibilidad de ambos enfoques.

Analysis of Sexual Strategies Theory in the Spanish population. The aim of this study was to test some of the main hypotheses derived from Buss' Sexual Strategies Theory on a representative Spanish sample. These hypotheses refer to the different strategies men and woman seem to adopt when they want to engage in a short-term sexual relationship (fling), or in a long-term one (loving relationship). (The technical term «strategies», unlike its equivalent in everyday language, is not meant to imply something necessarily planned or conscious). Data was obtained by self-report from a representative sample of 1949 Spanish people. Almost all the results verify the working hypotheses, conferring some empirical support on the theory from which they were deduced, within an evolutionary Social Psychology paradigm. In any case, it is argued that socialization approaches («double moral» and the social construction of gender role and sexual identity) can also explain most of the differences obtained, in perfect compatibility with biological perspectives.

Dentro de los paradigmas de la Sociobiología y la Psicología Social Evolucionista (Simpson y Kenrick, 1997), corrientes en auge en la Psicología Social actual —como prueba el capítulo de Neuberg, Kenrick y Schaller (2010) en la reciente 5ª edición del Handbook—, no solo fuera sino también dentro de nuestras fronteras (por ejemplo, Gómez Jacinto, 2006), diversos autores han tratado de explicar el comportamiento amoroso y sexual desde una perspectiva evolutiva (Symons, 1979; Walsh, 1991; Wilson, 1981...). Según ésta, nuestros ancestros hubieron de afrontar una serie de problemas adaptativos, diferentes en uno y otro género, y de este modo cada género fue desarrollando una serie de «estrategias» sexuales peculiares (Buss, 1989, 1994, 1998; Buss et al., 1992; Buss y Barnes, 1986...). Como señaló Yela (1998), esa originaria diferencia entre sexos debe su origen, en última instancia, a la diferencia en el «nivel mínimo de inversión parental» (Trivers, 1972): mientras los machos de nuestra especie solo necesitaban invertir un mínimo de algunos minutos para transmitir sus genes, las hembras requerían un mínimo de nueve meses. Esta irrevocable

disparidad provocará, a lo largo de eones de evolución por Selección Natural, la adquisición de estrategias adaptativas diferentes en uno y otro sexo, transmitidas genéticamente. Así, el sexo que más invierte desarrollará una estrategia más selectiva y menos promiscua, puesto que dicha estrategia tendrá mayor valor adaptativo —redundará en una transmisión genética más eficaz.

En tanto nuestra carga genética es prácticamente idéntica a la de nuestros ancestros —e incluso a la de otros primates— (Sagan y Druyan, 1992), dichas estrategias podrían estar actuando como telón de fondo de nuestras conductas amoroso-sexuales (aunque no de forma consciente, ni voluntaria, ni planeada —y quizá ni siquiera de forma adaptativa, en el entorno actual—), telón sobre el que posteriormente se asientan las numerosas influencias provenientes del proceso de socialización, cuya importancia fundamental nadie (medianamente cabal) niega —ni tan siquiera los propios sociobiólogos tenidos por más radicales, como puede apreciarse explícitamente en las obras Dawkins (1976) o el propio Buss (1998).

En un ambicioso análisis, Buss (1989) verificó algunas hipótesis derivadas de la sociobiología, empleando muestras de 37 culturas de los 5 continentes (para una muestra total de más de 10.000 sujetos). Años después, el propio autor sistematizó su enfoque, en forma de postulados, hipótesis generales e hipótesis de trabajo, denominándolo la «Teoría de las Estrategias Sexuales» (Buss y Schmitt, 1993). Un aspecto esencial de su teoría es la distinción entre «estrategias a corto plazo»: relaciones de duración breve, de

intención y carácter fundamentalmente (aunque no exclusivamente) sexual, frente a estrategias a largo plazo: relaciones duraderas, de intención y carácter más estable y más afín a esa constelación de conductas y sentimientos que solemos denominar «amor» (Yela, 2000 b, 2006). Insistir, como hace el autor, en que dichas estrategias no tienen por qué ser —y de hecho no son— conscientes ni planeadas.

Los beneficios y costes de las relaciones sexuales y amorosas a corto y largo plazo serán distintos para los machos que para las hembras, debido principalmente a ese nivel mínimo de inversión parental, así como a otros factores biológicos (como el notablemente mayor nivel de testosterona —productora de impulsividad sexual y agresividad— en los machos, o la ovulación oculta en las hembras) (Buss, 1994, 1998, 2009; Buss y Schmitt, 1993).

Cuanto mayor sea el poder explicativo de esta teoría, mayor debería ser su verificabilidad trans-cultural y trans-histórica, puesto que habla de tendencias básicas de la especie humana, por encima de factores socio-histórico-culturales (aunque, como ha quedado dicho, Buss reconoce explícitamente que éstos son también importantes). Así pues, en el presente estudio, trataremos de explorar, en una muestra representativa de la población española, la viabilidad de las hipótesis deducidas de la Teoría de las Estrategias Sexuales.

Estrategias sexuales en las relaciones a corto plazo

Para maximizar la probabilidad de transmisión de los propios genes:

Hipótesis 1): los hombres desearán tener más relaciones sexuales con más parejas distintas que las mujeres (o, a la inversa, las mujeres no desearán con tanta frecuencia tener muchas relaciones breves con parejas distintas).

Hipótesis 2): los hombres desearán tener relaciones sexuales en un menor intervalo de tiempo desde que conocen a su pareja (las mujeres desearán mayor intervalo, para poder evaluarla como potencial pareja estable).

Hipótesis 3): los hombres tendrán un nivel de exigencia menor sobre las características de sus parejas (las mujeres mostrarán mayor exigencia).

Para minimizar los costos de la promiscuidad sexual (tiempo, rechazos, agresiones...):

Hipótesis 4): los hombres valorarán positivamente los signos de accesibilidad sexual de sus parejas potenciales (mientras que las mujeres rechazarán los signos de promiscuidad sexual de sus parejas, por el comentado supuesto carácter evaluativo de las relaciones a corto plazo para las mujeres).

Para reducir la incertidumbre sobre la implicación masculina en la relación:

Hipótesis 5): las mujeres rechazarán a las parejas potenciales que ya estén previamente comprometidas (mientras que ello es indiferente para los hombres, en las relaciones a corto plazo).

Para reducir la incertidumbre sobre la fertilidad femenina:

Hipótesis 6): los hombres conferirán mayor importancia al atractivo físico y a la juventud de sus parejas, como signos de salud y fertilidad (las mujeres valorarán menos estos aspectos en sus parejas).

Estrategias sexuales en las relaciones a largo plazo

Para reducir la incertidumbre sobre la paternidad (y las mujeres la incertidumbre sobre la implicación de su pareja —tendente a la promiscuidad—):

Hipótesis 7): los hombres mostrarán más «celos sexuales» (ante infidelidad sexual de sus parejas), mientras que las mujeres mostrarán más «celos emocionales» (ante implicación emocional de su pareja con otras personas).

Hipótesis 8): tanto hombres como mujeres valorarán positivamente la fidelidad sexual.

Hipótesis 9): tanto hombres como mujeres rechazarán los signos de accesibilidad sexual en potenciales parejas estables.

Para reducir la incertidumbre sobre la fertilidad femenina (y la capacidad paternal masculina):

Hipótesis 10): también en las relaciones a largo plazo los hombres conferirán mayor importancia al atractivo físico y a la juventud de sus parejas, como signos de salud y fertilidad (las mujeres valorarán más otros aspectos como el tamaño, la fuerza y la adaptabilidad —aspecto este último que en términos sociales pudiera traducirse como estatus socioeconómico—).

Método

Participantes

Se seleccionó una muestra representativa de la población española entre 18 y 64 años, residente en municipios de más de 2.000 habitantes, incluyendo las islas, compuesta por 1.949 sujetos (955 hombres y 994 mujeres), mediante un muestreo polietápico, estratificado por conglomerados, con selección de las unidades primarias de muestreo (municipios) y de las unidades secundarias (secciones) de forma aleatoria proporcional, y de las unidades últimas (individuos) por rutas aleatorias y cuotas de sexo y edad, con un error muestral de $\pm 2,23$, para un nivel de confianza del 95%.

Instrumentos

Se elaboró un cuestionario con información directa sobre las variables contenidas en las hipótesis, conteniendo dos tipos de preguntas: unas se presentaban en formato Likert, de forma que los sujetos debían señalar su grado de acuerdo con la afirmación (entre 1= totalmente en desacuerdo o nada, y 5= totalmente de acuerdo o mucho); otras preguntas eran de elección múltiple, en las que el sujeto debía escoger un máximo de 5 respuestas de entre 20 alternativas. A propósito de dichas alternativas, consideramos pertinente eliminar «a posteriori» una de ellas: la cualidad «carácter agradable», debido a su ambigüedad y a incluir un calificativo positivo («agradable») en el propio nombre de la alternativa, lo que podría sesgar los resultados.

Tabla 1
Relación entre hipótesis, variables evaluadas, ítems que las evaluán y formato de respuesta

Hip.	Variables	Ítems	tipo R
1	1) Deseo de promiscuidad sexual	1)... le gusta mantener relaciones breves con muchas personas distintas*	1-5
2	2) Lapso conocimiento-sexo	2)... se siente incómodo si la otra persona trata de establecer una relación sexual inmediata*	1-5
3	3) Nivel de exigencia de pareja	3)... es muy exigente a la hora de elegir compañero/a para este tipo de relaciones*	1-5
4	4) Valoración accesibilidad sexual corto plazo	4)... le gusta que la otra persona manifieste signos de accesibilidad sexual (ropa sexy, lenguaje desenvuelto...)*	1-5
		5) Cuáles son, para usted, las cualidades más importantes que debe reunir una persona para tener con ella una relación amorosa esporádica o de corta duración	E.M
5	5) Rechazo del compromiso previo	6)... prefiere que la otra persona no esté comprometida en otra relación amorosa*	1-5
6	6) Importancia atractivo físico corto plazo	Item 5	
	7) Importancia juventud corto plazo	Item 5	
7	8) Celos sexuales	7) La idea de que su pareja no le sea fiel (sexualmente) le resulta insoportable	1-5
	9) Preponderancia de celos emocionales	8) Si mi pareja tuviera una relación sentimental especial con otra persona, me sentiría más celoso que si tuviera relaciones sexuales con ella	1-5
8	10) Importancia de la fidelidad sexual	9) Cuáles son, para usted, las cualidades más importantes que debe reunir una persona para tener con ella una relación amorosa seria y estable	E.M
9	11) Importancia accesibilidad sexual largo plazo	Item 9	
10	12) Importancia del atractivo físico largo plazo	Item 9	
		10) Hasta qué punto pesó en usted el atractivo físico de su pareja como factor para iniciar su relación	1-5
	13) Importancia juventud largo plazo	Item 9	
	14) Deseo de parejas menores que uno	11) Hasta qué punto pesó en usted el que su pareja fuera más joven que usted mismo como factor para iniciar su relación	1-5
	15) Deseo de parejas mayores que uno	12) Hasta qué punto pesó en usted el que su pareja fuera mayor que usted mismo como factor para iniciar su relación	1-5
	16) Valoración del estatus socioeconómico	Item 9	
		13) Hasta qué punto pesó en usted la situación económica de su pareja como factor para iniciar su relación	1-5

* Estos ítems iban precedidos de: «Cuando se trata de relaciones amorosas esporádicas o de corta duración, hasta qué punto...»
E.M.= Elección Múltiple (un máximo de 5 respuestas de 20 opciones, más la opción abierta de «otras»)

Procedimiento

El cuestionario se aplicó mediante entrevistas individuales, en los domicilios, asegurando el anonimato. Dicha fase de campo fue encargada al CIS (Centro de Investigaciones Sociológicas), que introdujo algunos cambios de última hora en algunos ítems, que comentamos más adelante.

Análisis de datos

Los datos se analizaron mediante el paquete estadístico SPSS. Las diferencias de medias entre hombres y mujeres se analizaron mediante la prueba t de Student, para muestras independientes. Previamente se verificó la homocedasticidad de varianzas mediante el Test Levene.

Resultados

Estrategias sexuales en las relaciones a corto plazo

Hipótesis 1) Como se aprecia en la tabla 2, se confirma que los hombres desean mantener *relaciones breves con muchas personas distintas* en mayor medida que las mujeres (20% de los hombres y apenas un 5% de las mujeres). La diferencia de medias es alta y significativa, aunque el porcentaje de hombres que afirman desear tener relaciones promiscuas es mucho menor del esperado según los postulados sociobiológicos. Hay múltiples factores que pueden ayudar a explicar ese dato (además, naturalmente, de que la hipótesis sea errónea): la llamada «contra-revolución sexual» en la que —según indican diversos autores (por ejemplo, Robin-

son et al., 1992)— nos hallamos inmersos en nuestra sociedad actual; el sesgo de «deseabilidad social» al responder; el temor a las enfermedades de transmisión sexual; el grado de rigor con que la agencia encargada realizara la fase de campo (¿cómo estar absolutamente seguros de que efectivamente las entrevistas se realizaron a solas?). Otras explicaciones tienen que ver con la redacción de los ítems: en la redacción definitiva se preguntaba por el deseo de promiscuidad sexual dentro de las «relaciones amorosas esporádicas o de corta duración», mientras que nuestra intención original (y, creemos, la de la teoría de las estrategias sexuales) era la de indagar los deseos de promiscuidad sexual dentro de las «relaciones esporádicas o de corta duración» (la inclusión del término «amorosas» puede añadir un peculiar matiz). Por otro lado, éste rezaba finalmente «me gusta mantener relaciones breves con muchas personas distintas» en lugar de «me gustaría o desearía...» (como en un principio estaba previsto). Por último, si incluimos en los porcentajes también a las personas que contestan que les gustaría «algo» tener muchas relaciones breves con personas distintas (no solo «mucho» o «bastante»), dichos porcentajes ascienden al 50% de los hombres, y solo un 20% de las mujeres, diferencias muy notables y cifras que se adecúan más a lo previsto.

Hipótesis 2) Como se aprecia en la tabla 2, un porcentaje significativamente mayor de mujeres se muestran incómodas ante la insinuación de una *relación sexual inmediata*, y la rechazan, incluso cuando la propia finalidad es una «simple» relación a corto plazo. Así lo indican un 55% de ellas frente a tan solo un 35% de los hombres. La diferencia de medias es significativa (N.C. 99%) y también de cierta magnitud. En este caso, además, se da la circunstancia de que unos puntúan por debajo del valor intermedio (la mayoría de los hombres desea una relación sexual inmediata) y otras por encima de él (la mayoría de las mujeres rechaza una relación sexual inmediata). Estos resultados están en la línea de los obtenidos en los interesantes experimentos de campo que realizaran Clark y Hatfield (1989).

Hipótesis 3) Según los resultados reflejados en la tabla 2, parece confirmarse también que los hombres son menos exigentes que las mujeres a la hora de elegir pareja a corto plazo: un 50% de hombres frente a un 70% de mujeres se confiesan «bastante o muy» exigentes. La diferencia de medias, sin ser muy grande, es reseñable (algo más de medio punto) y estadísticamente significativa (99%). Una vez más

cabe preguntarse si la diferencia no es menor de la esperada, así como si se debe fundamentalmente a las presiones genéticas y estrategias evolutivamente adaptativas, o se debe más bien a factores de índole sociocultural, o a la interacción entre ambas fuerzas, como parece más plausible. Retomaremos esta discusión más adelante.

Hipótesis 4) En la tabla 2 puede apreciarse la confirmación a esa mayor atracción de los hombres hacia los *signos de accesibilidad sexual* de la pareja. Un 65% así lo indican, frente a un 50% de las mujeres. La diferencia de medias es significativa, con un NC del 99%. No obstante, y siempre dentro del marco teórico de la T^a de las Estrategias Sexuales, resultaría anómalamente elevado el porcentaje de mujeres que contestan afirmativamente. Ello bien pudiera deberse a la tan manida «liberación sexual» de la mujer, aunque también pudiera tener que ver un importante cambio en la redacción del ítem por parte del CIS con respecto al ítem original, ya que donde debía poner como ejemplo de signo de accesibilidad sexual «lenguaje provocativo», ponía de hecho «lenguaje desenvuelto» (algo bastante distinto y mucho mejor considerado socialmente). De hecho, en la tabla 3 puede apreciarse cómo, al preguntar por la accesibilidad sexual de la pareja como rasgo importante para una relación a corto plazo, ésta aparece como el segundo factor más importante para los hombres, de un total de 20, mientras que para las mujeres la accesibilidad sexual de los hombres se encuentra entre los 5 factores menos relevantes.

Hipótesis 5) Se confirma, igualmente (tabla 2), la mayor importancia concedida por las mujeres, aunque se trate de una relación esporádica, al hecho de que su pareja *no esté ya comprometida* con otra persona. Así lo indican hasta un 75% de ellas, frente a un 65% de los hombres (siendo la diferencia de medias significativa, NC 99%). Pero la diferencia es relativamente pequeña, y el porcentaje obtenido entre los hombres parece excesivo ciñéndonos a las predicciones sociobiológicas. Probablemente también para los hombres los costes potenciales de una relación breve con una pareja ya comprometida con otro (problemas con «el rival») sean mayores que los costes de una relación breve con una pareja sin compromiso (que el otro desee comprometerse y uno mismo no).

Hipótesis 6) Como se aprecia en la tabla 3, efectivamente, los hombres confieren más importancia a la juventud de sus parejas, aunque ambos conceden una extraordinaria impor-

Tabla 2
«Estrategias sexuales» en las relaciones a corto plazo

	Porcentajes *		Medias (1-5)		n.s
	H	M	H	M	
Deseo de múltiples relaciones distintas	20	5	2,05	1,35	p<.01
Rechazo ante relación sexual inmediata	35	55	2,68	3,35	p<.01
Grado de exigencia en la elección de pareja	50	70	3,30	3,84	p<.01
Atracción por signos de accesibilidad sexual	65	50	3,67	3,23	p<.01
Deseo de pareja sin compromiso previo	65	75	3,53	4,00	p<.01

* Porcentaje de respuestas afirmativas («mucho» o «bastante») aproximados a la decena o media decena

Tabla 3
Características más valoradas en las potenciales parejas en las relaciones a corto plazo

Características de las M más valoradas por los H *	Características de los H más valoradas por las M *
1) Atractivo físico	1) Atractivo físico
2) Accesibilidad sexual	2) Romanticismo
3) Habilidades sexuales	3) Sensibilidad
4) Juventud	4) Sinceridad
5) Femenidad	5) Inteligencia

* Porcentaje de sujetos que la seleccionan como una de las 5 características más importantes (aproximados a la decena o media decena)

tancia al atractivo físico — pese a que públicamente seamos mucho más reacios a admitirlo— (Sangrador y Yela, 2000); aún así, el porcentaje de hombres que valoran especialmente el atractivo físico es significativamente superior al de las mujeres. Para ambos, el atractivo físico es capital en las relaciones a corto plazo; pero a partir de ahí las preferencias cambian ostensiblemente. Los hombres valoran con mayor frecuencia aspectos más relacionados con la sexualidad y la reproducción: signos de accesibilidad sexual, destrezas sexuales, juventud (todos ellos muy poco valorados por las mujeres), así como la feminidad (mientras que las mujeres valoran mucho menos la masculinidad —no solo no aparece entre los 5 factores más citados sino que de hecho aparece entre los 5 menos citados—). Las mujeres, por contra, incluso en las relaciones a corto plazo valoran más aspectos personales como el romanticismo, la sensibilidad, la sinceridad y la inteligencia (este último aspecto muy vinculado con la adaptabilidad y la capacidad para obtener recursos), que resultan menos relevantes para los hombres a la hora de buscar pareja para una relación esporádica.

En definitiva, cabe colegir de los datos que, en lo que respecta a las actitudes y comportamientos amoroso-sexuales en las relaciones esporádicas, existen notables diferencias entre hombres y mujeres, tal como se presumía según los postulados de la Tª de las Estrategias Sexuales. Esas diferencias existen, son significativas, de cierta magnitud, apuntan en la dirección esperada y no podemos obviarlas si queremos comprender el comportamiento amoroso-sexual de las personas (así como eventualmente aplicar ese conocimiento de forma práctica). Sin embargo, también es cierto que esas mismas diferencias, aparte de no ser tan grandes como cabría esperar, pueden explicarse igualmente mediante paradigmas o enfoques alternativos, como el de la socialización diferencial.

Estrategias sexuales en las relaciones a largo plazo

Hipótesis 7) Como se aprecia en la tabla 4, no se confirma la hipótesis de que las mujeres van a sentirse más celosas ante una especial implicación sentimental de su pareja que ante una infidelidad meramente sexual, mientras que los hombres se sentirían más celosos ante una infidelidad sexual que ante una infidelidad emocional. Las respuestas a esta

Tabla 4
«Estrategias sexuales» en las relaciones a largo plazo
(Porcentajes y medias comparativas de hombres y mujeres)

	Porcentajes*		Medias (1-5)		n.s
	H	M	H	M	
Celos sexuales	65	75	3,81	3,92	–
Preponderancia de celos emocionales	45	45	3,16	3,16	–
Importancia del atractivo físico de la pareja	75	55	3,76	3,23	p<.01
Deseo de que la pareja sea menor que uno	10	5	1,65	1,30	p<.01
Deseo de que la pareja sea mayor que uno	5	10	1,35	1,54	p<.01
Importancia de la situación económica	5	10	1,50	1,70	p<.01

* Porcentaje de respuestas afirmativas («mucho» o «bastante») aproximados a la decena o media decena

pregunta están muy repartidas entre las distintas opciones, y no existen diferencias significativas entre ambos géneros, datos que chocan con los obtenidos con otras muestras (por ejemplo, Buss et al., 1992) o con otras técnicas de análisis (por ejemplo, Yela, 2000 a). Posiblemente sea un buen ejemplo de la importancia del aprendizaje social en este terreno. Con todo, los resultados bien podrían ser diferentes al cambiar la redacción del ítem que evaluaba los celos emocionales, ya que en su redacción definitiva (debido a los mencionados problemas con la empresa que realizó el trabajo de campo) no quedaba suficientemente claro si la implicación emocional de la pareja con otra persona implicaba o no también una infidelidad sexual, y no se evaluaban los celos emocionales en sí sino en comparación con los sexuales. En todo caso es destacable el alto porcentaje de la muestra que se confiesa bastante o muy celoso, toda vez que lo normativo es ser «solo un poco celoso», ya que los celos excesivos denotan desconfianza y falta de madurez (por ejemplo, Barrón y Martínez-Iñigo, 2001), por lo que cabe pensar que los sentimientos de celos estén aún más extendidos de lo que uno confiesa al entrevistador (y a uno mismo).

Hipótesis 8) Como se aprecia en la tabla 5, tanto hombres como mujeres valoran muy positivamente la fidelidad sexual cuando se trata de relaciones a largo plazo (de hecho es la tercera característica más valorada por ambos sexos). Dicha característica no aparecía entre las más importantes en las relaciones a corto plazo (de hecho se situaba entre las 5 últimas para ambos sexos). Sea para reducir la incertidumbre sobre la paternidad, sea para asegurar la inversión de los recursos de la pareja (no solo recursos económicos, sino también psicológicos, como la atención, el cuidado, la sexualidad, etc.), sea por fortalecer la autoestima, o sea para evitar las sanciones sociales (comentarios jocosos o reprobatorios), o por todo ello, el caso es que tanto un género como el otro valoran de forma muy destacada la fidelidad sexual... de su pareja. Una interesante investigación futura debería dirigir su atención a la importancia atribuida a la fidelidad

Tabla 5
Características más valoradas en las potenciales parejas en las relaciones a largo plazo (Porcentajes comparativos de hombres y mujeres)

Características de las M más valoradas por los H *		Características de los H más valoradas por las M *	
1) Inteligencia	55	1) Inteligencia	50
2) Sinceridad	45	2) Sinceridad	50
3) Fidelidad sexual	40	3) Fidelidad sexual	40
4) Semejanza de valores	30	4) Semejanza de valores	35
5) Sensibilidad	30	5) Sensibilidad	35
6) Atractivo físico	25	6) Romanticismo	30
.....		
18) Accesibilidad sexual	(<5)	18) Accesibilidad sexual	(<5)
19) Ambición		19) Ambición	
y 20) Estatus socioeconómico		y 20) Juventud	

* Porcentaje de sujetos que la seleccionan como una de las 5 características más importantes (aproximados a la decena o media decena)

propia, y a comparar la importancia conferida a ambas —la propia y la ajena—, tanto en hombres como en mujeres.

Hipótesis 9) También puede contrastarse en la tabla 5 cómo tanto hombres como mujeres rechazan los signos de accesibilidad sexual en potenciales parejas estables. Para ambos sexos es una de las tres características menos valoradas, lo cual es especialmente llamativo toda vez que, como apuntan los resultados de la hipótesis 4, la accesibilidad sexual de las mujeres era una de las características más valoradas por los hombres para las relaciones a corto plazo. En términos sociobiológicos, los signos de accesibilidad sexual de las mujeres aumentarían su «valor reproductivo» (como pareja sexual, a corto plazo), pero disminuirían su «valor de emparejamiento» (como pareja amorosa, a largo plazo) (Buss y Schimtt, 1993, p. 207).

Hipótesis 10) Como se aprecia en la tabla 4, se confirma la mayor importancia concedida por los hombres al *atractivo físico* de sus parejas, cuando se trata de una relación estable: hasta un 75% confiesan concederle mucha o bastante importancia, frente a algo menos de un 55% de las mujeres. La diferencia de medias entre ambos sexos es alta y estadísticamente significativa. De hecho, como se aprecia en la tabla 5, la primera de las características más valoradas en la pareja en la que no coinciden hombres y mujeres es precisamente el atractivo físico, valorado más por los hombres y relegado a un puesto bastante inferior por las mujeres.

Se apunta un mayor deseo por parte de los hombres de tener *parejas de menor edad*, y por parte de las mujeres de tener parejas de mayor edad, pero la magnitud de las diferencias es pequeña, y los porcentajes de hombres y mujeres que muestran tales preferencias apenas superan el 10%, por lo que no cabe afirmar nada con rotundidad. En cualquier caso, la juventud de su pareja es la característica menos citada por las mujeres, mientras que no está entre las características menos citadas por los hombres. Respecto a la importancia diferencial del «estatus socioeconómico», tal diferencia se ve reflejada en los datos (tablas 4 y 5) y es significativa (estadísticamente), pero las diferencias son nuevamente pequeñas, y pocas las mujeres que afirman conceder notable importancia a este factor (si bien para los hombres es directamente el factor menos importante). Bien es verdad que en este caso se trata de algo muy impopular y es bastante factible suponer que se hayan dejado notar los efectos de la deseabilidad social a la hora de responder. Desde luego no podemos decir que no haya diferencias en este extremo, pero tampoco podemos contentarnos con estos resultados como para afirmarlo con rotundidad.

Discusión y conclusiones

En definitiva, nuestros datos empíricos apuntan en la dirección de las hipótesis deducidas de la Teoría de las Estrategias Sexuales de Buss (con excepción de la hipótesis 7), de forma que el presente estudio puede considerarse como un preliminar y provisional apoyo a dicha teoría, en tanto los datos obtenidos en una muestra representativa de la población española actual son notablemente congruentes con ella. Comprobamos que las notables diferencias que encontramos respecto a las actitudes y conductas de hombres y mujeres para las relaciones esporádicas o a corto plazo, son mucho menores cuando se trata de relaciones estables o a largo plazo. Por otro lado, los datos muestran que mientras que en los hombres

existe una gran discrepancia entre lo que se desea y se valora en la pareja a corto plazo frente al largo plazo, en las mujeres existe una gran similitud entre lo más valorado en ambos tipos de relaciones.

Sin embargo, como ya se ha sugerido, existe siempre la posibilidad de una explicación alternativa a los mismos hechos. La llamada «*doble moral*» (normas socioculturales tácitas sobre lo prescrito y lo proscribo en el terreno de las relaciones amorosas y sexuales, diferentes para uno y otro sexo) es constatada ya en la Antigua Mesopotamia (y seguramente en la sabana africana) (Fisher, 1992), y ha permanecido a través de la Edad Antigua (Foucault, 1976) y las Edades Media y Moderna (Flandrin, 1981), apoyada por instituciones sociales como la Iglesia Católica (Gondonneau, 1971; Verdú, 1986) hasta nuestros días (Nicholson, 1984). Siendo así, no sería de extrañar que hombres y mujeres se comporten de forma tan diferente en el terreno amoroso-sexual. La variabilidad transcultural en los roles amoroso-sexuales de hombres y mujeres es también un factor que jugaría a favor de las tesis sociológicas sobre la génesis —o cuando menos sobre el mantenimiento y la vigencia actual— de las diferencias de género. En este sentido, Mariano Yela recordaba que «*las exigencias culturales perturban o eliminan el juego de la selección natural, por ejemplo, protegiendo al menos apto, o prefiriendo otros valores a la fertilidad de los más aptos. El desarrollo cultural sustituye cada vez más en el hombre a la evolución biológica. Ésta, aunque prosiga, es lenta (requiere cientos o miles de generaciones para consolidar la selección de una variante genética aleatoria). El desarrollo cultural es, por el contrario, intencional y relativamente rápido*» (Yela, 1986; pp. 32-33).

Ello, desde luego, no es incompatible con el reconocimiento de que, al igual que seguimos teniendo una serie de necesidades e instintos en relación al alimento, seguridad y temperatura, también podemos tener una serie de impulsos, preferencias y estrategias sexuales adquiridas y transmitidas evolutivamente y que pueden estar actuando como telón de fondo sobre el que posteriormente se asienta el aprendizaje de las normas sociales relativas a la sexualidad. Del mismo modo, algunos rasgos sexuales universales (como ciertos estímulos desencadenantes de atracción sexual —«releasers»—), así como el hecho de que a pesar de todos los cambios sociales —revolución sexual, liberación femenina, anticonceptivos, etc.— continúen vigentes muchas de las diferencias entre hombres y mujeres presumibles en la evolución sexual de nuestros ancestros, son factores que jugarían a favor de las tesis sociobiológicas sobre la génesis de las diferencias de género.

En alguna ocasión este enfoque ha sido tachado —con frecuencia injustamente— de «machista». Algunos autores han argumentado su rechazo a estas críticas (Simpson y Kernrick, 1997; Yela, 2000b): ni la constatación de diferencias significa justificación de las mismas; ni las explicaciones biologicistas son necesariamente inmovilistas; ni las explicaciones sociológicas son necesariamente progresistas (ni nuestros límites biológicos son inmodificables ni los factores sociales son fáciles de modificar); ni las diferencias son algo necesariamente negativo (sí las jurídico-sociolaborales; no necesariamente las psicológicas: de hecho, a lo largo de la Historia y de las culturas suelen ser precisamente esas diferencias las que tienden a atraer a un sexo hacia el otro).

Además, la socialización en los roles de género suele apuntar en la misma dirección que estas supuestas influencias genéticas. Ambas corrientes, pues, lejos de ser incompatibles, son más bien complementarias. En cualquier caso, es evidente que hombres y mujeres estamos a merced de poderosas fuerzas de diversa índole (biológicas, históricas, culturales, sociales, interpersonales, psico-

lógicas...) que escapan a nuestro control voluntario y a nuestra consciencia, y que, sin embargo, moldean de forma decisiva nuestro comportamiento (incluidos los propios sentimientos), y el comportamiento amoroso y sexual no es una excepción. Desde luego,

como suscribió Carl Sagan en una de sus últimas obras (Sagan y Druyan, 1992, p. 440): «*si imaginamos que somos simplemente, o incluso principalmente, seres racionales, no nos conoceremos nunca*».

Referencias

- Barrón, A., y Martínez-Iñigo, D. (2001). *Los celos: una perspectiva psicológica y social*. Málaga: Aljibe.
- Barrón, A., Martínez, D., de Paúl, P., y Yela, C. (1999). Beliefs and romantic myths in Spain. *The Spanish Journal of Psychology*, 2(1), 64-73.
- Buss, D.M. (1988). Love acts: The evolutionary biology of love. En R.J. Sternberg y M.L. Barnes (Eds.): *The Psychology of Love*. New Haven: Yale University Press.
- Buss, D.M. (1989). Sex differences in human mate preferences: Evolutionary hypothesis tested in 37 cultures. *Behavioral and Brain Sciences*, 12, 1-49.
- Buss, D.M. (1994). *The Evolution of Desire: Strategies of human mating*. New York: Basic Books.
- Buss, D.M. (1998). The Psychology of human mate selection. En C.B. Crawford et al. (Eds.): *Handbook of Evolutionary Psychology: Ideas, issues and applications* (pp. 405-429). Mahwah, NJ: L.E.A.
- Buss, D.M. (2009). The great struggles of life: Darwin and the emergence of Evolutionary Psychology. *American Psychologist*, 64, 140-148.
- Buss, D.M., y Barnes, M. (1986). Preferences in human mate selection. *J. of Personality and Social Psychology*, 50(3), 559-570.
- Buss, D.M., Larsen, R.J., Westen, D., y Semmelroth, J. (1992). Sex differences in jealousy: Evolution, physiology and psychology. *Psychological Science*, 3, 251-255.
- Buss, D.M., y Schmitt, D.P. (1993). Sexual strategies theory: An evolutionary perspective on human mating. *Psychological Review*, 100(2), 204-232.
- Clark, R.D., y Hatfield, E. (1989). Gender differences in receptivity to sexual offers. *J. of Psychology and Human Sexuality*, 2, 39-55.
- Dawkins, R. (1976). *El gen egoísta*. Barcelona: Labor, 1979.
- Fisher, H. (1992). *The Anatomy of Love*. New York: W.W. Norton.
- Flandrin, J.L. (1981). *La moral sexual en Occidente*. Barcelona: Gránica, 1984.
- Foucault, M. (1976). *Historia de la sexualidad*. Madrid: Siglo XXI, 1987.
- Gómez-Jacinto, L. (2006). Evolución y psicología social. En A. Diéguez-Lucena y J.M. Atencia (Comps.), *Genes y máquinas* (pp. 205-228). Málaga: Universidad de Málaga.
- Gondonneau, J. (1973). *La fidelidad y la infidelidad*. Barcelona: Kairós, 1974.
- Hendrick, S., y Hendrick, C. (1992). *Liking, loving and relating*. Pacific Grove, California: Brooks Cole.
- Neuberg, S.L., Kenrick, D.T., y Schaller, M. (2010). Evolutionary Social Psychology. En S. Fiske, D. Gilbert y G. Lindzey: *Handbook of Social Psychology*, 5th edition (pp. 761-796). New Jersey: John Wiley & Sons.
- Nicholson, J. (1984). *Hombres y mujeres*. Barcelona: Ariel, 1987.
- Robinson, I., Ziss, K., Ganza, B., Katz, S., y Robinson, E. (1991). Twenty years of the sexual revolution: an update. *J. of Marriage and the Family*, 53(1), 216-220.
- Sagan, C., y Druyan, A. (1992). *Sombras de antepasados olvidados*. Barcelona: Planeta, 1993.
- Sangrador, J.L., y Yela, C. (2000). What is beautiful is loved: Physical attractiveness and love in a representative sample of Spanish population. *Social Behavior and Personality*, 28(2), 207-218.
- Simpson, J.A., y Kenrick, D.T. (1997). *Evolutionary Social Psychology*. Mahwah: Lawrence Erlbaum Associat.
- Symons, D. (1979). *The evolution of human sexuality*. New York: Oxford University Press.
- Trivers, R.L. (1972). Parental investment and sexual selection. En B. Campbell (Ed.): *Sexual selection and the descent of man*. Chicago: Aldine.
- Verdú, V. (1986). El amor en los tiempos de Franco. *Cuadernos de Historia*, 16(124), 73-81.
- Walsh, A. (1991). *The Science of Love*. Buffalo, N.Y.: Prometheus Books.
- Wilson, G. (1981). *The coolidge effect: An evolutionary account of human sexuality*. New York: William Morrow.
- Yela, C. (1998). Diferencias entre sexos en los juicios sobre su comportamiento amoroso y sexual. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 51(1), 115-147.
- Yela, C. (2000a). Predictors and related factors for loving and sexual satisfaction. *European Review of Applied Psychology*, 50(1), 235-242.
- Yela, C. (2000b). *El amor desde la Psicología Social: ni tan libres ni tan racionales*. Madrid: Pirámide.
- Yela, C. (2006). The evaluation of love: Simplified version of the scales for Yela's tetragonal model, based on Sternberg's model. *European Journal of Psychological Assessment*, 22(1), 21-27.
- Yela, M. (1986). El hombre, el azar y la necesidad. *Cuadernos de Ciencias del Hombre*, 7(2), 29-39.